

## La Ilustración Española y Americana y José Zorrilla (En el centenario de la muerte del poeta)

Marta Palenque

Desde aquí, a la altura de finales de un nuevo siglo, es difícil hacerse a la idea de la importancia social que la poesía tuvo durante, y sobre todo, a mediados del XIX. La reflexión viene al hilo del facsímil que con este número 3 adjunta *Anuario del Mediodía*. Sólo su curiosidad “arqueológica” y la belleza y calidad indudable de los grabados que en él se incluyen justificaría su reproducción; el permitir conocer de forma directa un ejemplo —el más destacado en la prensa española— de la llamada *prensa gráfica* decimonónica podría ser otro factor importante a tener en cuenta a la hora de entender el porqué de la elección. Sin embargo, ha sido una tercera circunstancia la que ha servido como detonante para que la idea tomase cuerpo: el deseo de realizar un homenaje, un recuerdo, a José Zorrilla, un poeta y dramaturgo cuyo nombre nos resulta a todos muy familiar. Inmediatamente lo enlazamos con un título y con un mito “muy español”: *Don Juan Tenorio*, la figura del amante burlador de tantas damas que se enfrenta, en su soberbia, con la misma muerte. Nada más comenzar a leer el número que *La Ilustración Española y Americana* le dedicó con motivo de su fallecimiento se entiende que la fama y la fortuna de Zorrilla han cambiado mucho: se habla de las preces y la popularidad merecidas durante su larga vida (aunque no le librasen de los apremios económicos), de su “coronación” como poeta en Granada, de cómo era admirado por aristócratas y plebeyos; se alude a la grandeza de su poesía, a la riqueza musical de su estro poético, a su precisión y habilidad técnica como dramaturgo... En los grabados se observa lo multitudinario de su entierro y de sus honras fúnebres, a las que asistieron los políticos y hombres de cultura más destacados de su época. La Reina Isabel II no faltó a dar el último adiós al poeta de la corte, porque gracias a una pensión de la Casa Real había vivido Zorrilla sus últimos años. Se le llama “poeta nacional”, “hombre egregio” y sobresaliente por el simple (?) hecho de componer versos y de crear personajes de ficción. Y, además, los periódicos tanto de Madrid como de provincias reseñaron su muerte como una noticia de gran impacto, y dedicaron números monográficos a glosar su figura. Uno, tal vez el más brillante de todos, es el que le dedicó *La Ilustración Española y Americana*, que ahora se reproduce aquí.

Hoy las cosas se mueven a otro aire. Los lectores de Zorrilla son muy escasos y raros (parece que se trate de eruditos pasados de moda), y su misma celebridad como autor teatral también parece destinada a perderse, desaparecida con la tradición de representar los primeros de noviembre, el día de Todos los Santos, su *Don Juan*, como antes lo había sido *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* y *Convidado de piedra* (una curiosa comedia “de figurón” inspirada de la obra de Tirso) de Antonio de Zamora.

La misma fortuna han tenido otros tantos escritores decimonónicos, con independencia del género que cultivasen (bien es cierto que los poetas se llevan la palma). Y es que tanta grandilocuencia produce rechazo. Acaso su fortuna pudo ser justa, pero no es siempre así. De cualquier modo (y es vicio de quien redacta estas líneas), conviene preguntarse acerca de los cambios sociales y culturales que han originado tal evolución en

el aprecio lector. De hecho, no hay que ir demasiado lejos en el tiempo para advertir una actitud distinta, pues generaciones muy cercanas aprendieron de memoria versos de los poetas decimonónicos, entre los que destacaba José Zorrilla. La musicalidad de su poesía (dejemos ahora a un lado los ripios y recordemos sus momentos felices) la hace especialmente idónea para la lectura en alta voz, otra costumbre hoy perdida y muy usual en el XIX: en los salones aristocráticos o burgueses, en círculos obreros, en Ateneos o en los teatros. El mismo Zorrilla se dedicó a recorrer gran parte de la geografía española declamando en los escenarios composiciones propias en olor de multitud. Los cronistas cuentan cómo embelesaba al auditorio y alaban el tono envolvente con que recitaba sus musicales versos, —dicen— de manera magistral. Duele que no existiesen los magnetófonos, casetes y demás derivaciones de ese germen del progreso, también nacido en el XIX, para poder conocer tal calidad de recitado. Pero dejaré estos comentarios, que me pierden, para presentar el facsímil que se ofrece y que es lo que nos ocupa.

\*\*\*

El 25 de diciembre de 1869 apareció el primer número de *La Ilustración Española y Americana*. Su subtítulo por aquel entonces da noticia del carácter misceláneo que habría de presidir su contenido (representado gráficamente por la suma de imágenes que figura en su encabezamiento): “Museo Universal. Periódico de Ciencias, Artes, Literatura, Industria y Conocimientos útiles” (más tarde, ya hacia la fecha del facsímil, “Revista de Bellas Artes, Literatura y Actualidades”). Se trata de un semanario que combina la información de actualidad con secciones culturales y literarias e incluye textos de creación (poesía, en mayor número, y narraciones). Y todo ello junto al grabado, de muy alta calidad. Este modelo periodístico había surgido en Europa a mediados de la misma centuria con exponentes tales como *The Illustrated London News* (1842) o *L'Illustration Française* y la *Illustrierte Zeitung* (1843), y se introdujo pronto en España. *La Ilustración Española y Americana* fue la revista gráfica de mayor porte y belleza que se publicó en nuestro país.

Por su periodicidad semanal, *La Ilustración* no atendía la noticia según los criterios de la prensa diaria. Su baza era la conjunción óptima del artículo y el grabado como fórmula atractiva cara al interés del público. Las noticias se suministraban de forma más meditada y “literaria”, lo que permitía una serie de matizaciones subjetivas que son la clave de su nuevo tipo de periodismo. Su éxito se tradujo en tiradas muy elevadas, entre veinticinco y treinticinco mil ejemplares a la semana, lo que significa un alto índice de lectores para la época, aunque debe matizarse que su difusión alcanzó a la audiencia americana, a la de Filipinas, Portugal y Europa, como se aprecia en su primera página. La prueba más fiable de su extenso mercado la da su dilatada trayectoria: desde diciembre de 1869 hasta diciembre de 1921. Hasta tal punto fue una revista usual en los hogares burgueses españoles que Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez aludieron a ella como a un elemento simbólico de la cultura de entonces y, por lo mismo, representativa de un concepto de cultura, la de la Restauración, que los *modernos* lucharon por arrinconar.

Como se ha indicado, el grabado era el elemento que definía este nuevo periodismo tan del gusto del público burgués del XIX. En el facsímil del número dedicado a Zorrilla puede observarse que no se alude a simples adornos o ilustraciones al texto, sino que los grabados valen como reproducción fiel de la realidad, antecediendo a la técnica fotográfica. Abelardo de Carlos, director y propietario de *La Ilustración*, introdujo en España los

últimos adelantos técnicos y mecánicos en este arte, de forma que el prestigio de la publicación fue siempre unido a la calidad y belleza de los grabados (cotizados hoy, por cierto, como preciadas obras de arte). Algunos de los pintores más aplaudidos del momento trabajaron para ella. En el caso del presente número es Juan Comba, llamado por Pedro Gómez Aparicio “el primer periodista gráfico de España”, el autor de todos los grabados de actualidad (excluyo la reproducción artística del cuadro de Carlton C. Smith y la realizada de los retratos de Zorrilla). Los comentarios que siguen pueden servir para estimar lo que ahora se nos presenta: “Comba traslada al papel, dándole un realismo dramático, las escenas que contemplaban sus ojos, y ello con tal vigor descriptivo, que hasta podían ser identificados uno a uno los numerosos personajes trasladados al dibujo y aun precisarse los pormenores de su atuendo o contarse sus condecoraciones” [*Historia del periodismo español (de la Revolución de Septiembre al desastre colonial)*, Madrid, Ed. Nacional, 1971, pág. 610]. Dibujos tomados del natural como los que ahora se obtienen del despacho de José Zorrilla, del acto de la “coronación” en Granada y de sus honras fúnebres. Cabe afirmar que el ensamblaje de grabado e información supone siempre un cierto sello de elegancia con referencia a los patrones estéticos de la época, ese “buen gusto” exponente de los valores culturales de la burguesía del periodo realista.

A través de sus grabados *La Ilustración Española y Americana* reflejó la vida española durante los años que dura su publicación, y lo mismo con respecto a los acontecimientos más importantes ocurridos en el extranjero, ya que muy pronto contó con un eficaz equipo de corresponsales gráficos (que cubrieron, por ejemplo, la guerra de Marruecos ofreciendo todo lujo de detalles).

El contenido de cada número de *La Ilustración Española y Americana* se segmenta en una serie de secciones, algunas de ellas fijas, firmadas por los redactores en plantilla. Pese a ser monográfico, este número no es una excepción. Se abre con la llamada “Crónica general”, resumen informativo de la semana, suscrita por José Fernández Bremón, uno de los más populares cronistas por entonces (además, fue conocido autor teatral y poeta festivo, e incorpora a sus crónicas chascarrillos, poemas, etc.). También Eusebio Martínez de Velasco (se encarga de comentar los grabados) y Antonio Becerro de Bengoa (“Por ambos mundos. Narraciones cosmopolitas”) fueron redactores asiduos. Hay igualmente un apartado dedicado a la poesía (“Álbum poético” o sin título), otro centrado en la reseña de libros nuevos (falta en este número) y, por último, el reservado a la publicidad, que sin duda despertará la curiosidad de quien lea el facsímil. A estas secciones se suman los artículos sueltos o de creación que varían de enfoque en cada número; en este caso se centran en la figura de Zorrilla: uno, tomado de una reseña de 1839 de Alberto Lista, luego incluida en *Ensayos literarios y críticos* (1844); otro, de Antonio Sánchez Moguel, Cate-drático de la Central. Se añade un fragmento de los *Recuerdos del tiempo viejo* (peculiar libro de memorias) del mismo Zorrilla.

En cuanto al *álbum poético*, y tal vez a excepción del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, autor de *Tabaré*, colaboran autores probablemente poco, o nada, conocidos para el lector actual. Sin embargo, son nombres muy repetidos en las revistas decimonónicas y que gozaban de considerable popularidad.

Resulta fácil seguir comentando más rasgos relacionados con *La Ilustración Española y Americana*, rasgos que, por otra parte —y es la causa de que concluya—, el lector puede

abstraer sin necesidad de ayuda (por ejemplo, cómo en la visita al cadáver expuesto en la Real Academia Española se mezclan personas de diferente extracción social, la pompa y fastuosidad del acto de la “coronación”, que nos acerca al mundo de las justas poéticas y los juegos florales...). Pero basta, que, como escribe Zorrilla, “según el tiempo crece,/ más pequeño el tiempo es”, y ya se sabe que la brevedad puede ser virtud.

Atendamos al facsímil dedicado a este poeta vallisoletano en el centenario de su muerte; un poeta que se consideraba, en su canto, similar a un pájaro y que decía deber su inspiración a un mandato divino. Y por ello podía jactarse

“No hay canto, ni suspiro  
lamento ni murmullo,  
cuyo eco misterioso  
fingir no sepa yo [...]”

